Publicaciones
de
Prensa Gráfica

á Novela Semanal



a Sirvienta~
or José Francés~
ecio 25cts.~

42/1556544

LA NOVELA SEMANAL

AÑO I 28 DE JULIO DE 1921 NÚM. 6

LA SIRVIENTA

Novela de José Francés

ILUSTRACIONES DE MANCHÓN

PRENSA GRÁFICA
HERMOSILLA, 57 - MADRID

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

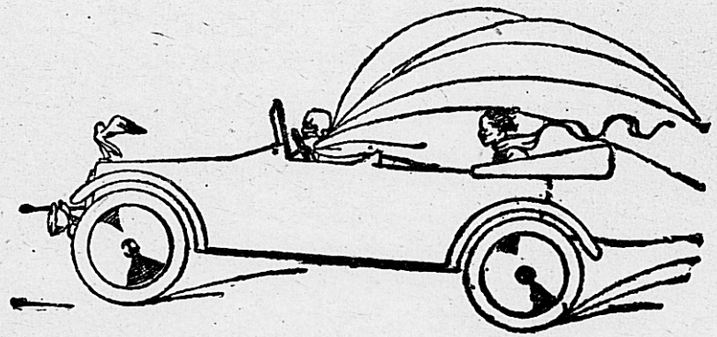
LA SIRVIENTA

I

En un reguero de inquietud y curiosidad malsana, la noticia llenó la ciudad á las primeras horas de la tarde:

«El auto de Montiel se ha caído por un barranco.»

Y la noticia sonaba en las tertulias del *Café*



Europeo y del Casino; en las paseatas, lentas y eclesiásticas, de los Alamillos cerca del río; en el

Gobierno civil; en la imprenta de *La Voz de la Provincia*, donde su director, flaco y hepático, lanzó un «me alegro» rotundo mientras confeccionaba la edición vesperal.

A Bernarda lo dijo la portera, que subió con los brazos y los lamentos en alto:

—¡Válgame la Virgen! ¡Qué horror! ¡Pobre señorito Fernando!

Sus gritos tenían revuelos ciegos y torpes de murciélagos en las amplias salas del caserón adormecido.

Bernarda acudió toda trémula, prieta la garganta, cuajada su angustia en la mirada fijamente ansiosa.

—¡Ay, señora Bernarda! ¡Qué desgracia, mujer! El señorito...

La rasparon sus primeras palabras silbantes, estropajosas de espanto.

—¿Qué? ¡Acabe! ¡Diga!

—¡Se ha matado en el auto!...

—¡¡Jesús!!

Se llevó las manos á la cabeza. Sus manos nervudas, huesudas, engarabitadas por los años y por el reuma. El rostro tan blanco, tan exangüe siempre, aquel rostro lleno de pecas —«de arroz con leche salpicado de canela», como le decía el señorito Fernando—se la coloreó de súbito.

La portera había vuelto á gritar, y pasos precipitados venían ya por las habitaciones contiguas. Bernarda le atenazó un brazo.

—¡Calle! ¡No grite de ese modo! Y dígame, dígame...



Otra vez sus manos en las sienes, entre la cabellera blanquirrubia—«de cola de yegua pía», según también el señorito Fernando—. y la mirada hecha un cuajarón brillante.

—¡Verá, señora Bernarda! Yo estaba ahí enfrente, en los jardinillos, cosiendo unos pantalones de mi...

—¡Bien! ¡Pronto!

—... Y en esto que llega Blasa, la de... esa que...

—Sí. ¡Por la Virgen!

—Y dijo, dice: «A tu amo se le ha hecho cisco el auto, en Hontanar, en la barranca...» «¿Y se mató?».—pregunté yo. Y dijo, dice: «Creo que sí. Tú calcula: cuarenta metros. Papilla, talmente.»

Bernarda se retorcía las manos, se la oía crujir los huesos, rechinar los dientes.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Le parece poco?

Ya habían llegado los demás sirvientes y rodeaban á la portera, que repetía, satisfecha en el fondo: «Yo estaba ahí enfrente, en los jardinillos...»

Bernarda salió corriendo, bajó de cuatro en cuatro las escaleras, y ya en la plaza tuvo un momento de duda. «¿A quién acudir? ¿A quién preguntarle?»

Entonces recordó. A Fernando Montiel le acompañaban dos amigos suyos, el platero de la calle Real y D. Julio Risco, el diputado.

Se le acercaban mujeres.

—¿Es cierto lo que dicen, señora Bernarda?

—No sé... No sé aún... El Señor no lo quiera... Déjenme pasar.

Iba locamente á lo largo de las calles, menuda y enlutada, cayéndole las lágrimas, oprimiéndose el pecho.

Las piedras del suelo fulgían bajo la lumbrada



estival. El sol la abrasaba la cabeza desnuda. «A la noche tendré jaqueca», pensó en medio de su zozobra trágica. Y, sin embargo, seguía corriendo, sin buscar—como en otras tardes, sosegado el cuerpo, tranquilo el espíritu—la fresca sombra que la catedral tendía propicia y acogedora. Al final de esta sombra maciza, de entre

Otra vez sus manos en las sienes, entre la cabellera blanquirrubia—«de cola de yegua pía», según también el señorito Fernando—. y la mirada hecha un cuajarón brillante.

—¡Verá, señora Bernarda! Yo estaba ahí enfrente, en los jardinillos, cosiendo unos pantalones de mi...

—¡Bien! ¡Pronto!

—... Y en esto que llega Blasa, la de... esa que...

—Sí. ¡Por la Virgen!

—Y dijo, dice: «A tu amo se le ha hecho cisco el auto, en Hontanar, en la barranca...» «¿Y se mató?».—pregunté yo. Y dijo, dice: «Creo que sí. Tú calcula: cuarenta metros. Papilla, talmente.»

Bernarda se retorcía las manos, se la oía crujir los huesos, rechinar los dientes.

—¿Nada más?

—Nada más. ¿Le parece poco?

Ya habían llegado los demás sirvientes y rodeaban á la portera, que repetía, satisfecha en el fondo: «Yo estaba ahí enfrente, en los jardinillos...»

Bernarda salió corriendo, bajó de cuatro en cuatro las escaleras, y ya en la plaza tuvo un momento de duda. «¿A quién acudir? ¿A quién preguntarle?»

Entonces recordó. A Fernando Montiel le acompañaban dos amigos suyos, el platero de la calle Real y D. Julio Risco, el diputado.

Se le acercaban mujeres.

—¿Es cierto lo que dicen, señora Bernarda?

—No sé... No sé aún... El Señor no lo quiera... Déjenme pasar.

Iba locamente á lo largo de las calles, menuda y enlutada, cayéndole las lágrimas, oprimiéndose el pecho.

Las piedras del suelo fulgían bajo la lumbrada



estival. El sol la abrasaba la cabeza desnuda. «A la noche tendré jaqueca», pensó en medio de su zozobra trágica. Y, sin embargo, seguía corriendo, sin buscar—como en otras tardes, sosegado el cuerpo, tranquilo el espíritu—la fresca sombra que la catedral tendía propicia y acogedora. Al final de esta sombra maciza, de entre

la crestería desdoblada sobre los guijos, salieron siluetas alígeras y bullentes que correspondían á los vuelos de palomas en el cielo altísimo. Huían al anuncio de las próximas campanadas del reloj, avisadas por el carraspeo metálico de los engranajes. Y enseguida toda la calle vibró al campaneo profundo y espaciado.

«¡Las cinco! ¿Cuántas horas llevará sufriendo? ¿Cuántas horas hará que ha muerto?», pensó Bernarda.

¡Triste sino el de los Montiel! Fernando era el último de aquella familia nobiliaria que se había ido desmoronando, como un castillo demasiado antiguo y olvidado. Muerto él, habría de cerrarse la casa, aventarse los recuerdos y Bernarda buscar un cobijo que le pareciera harto ajeno, después de toda su vida al amparo de los abuelos, de los padres de aquel que ahora yacía ensangrentado en el fondo de la barranca de Hontanar.

Bernarda sintió tal ahogo de cansancio, de asma, de pena, que hubo de recostarse contra un farol. Y miró en torno suyo.

¿Dónde estaba? ¡Se había perdido!

Sus pies y su locura la llevaron á un lugar opuesto de donde quisiera ir. Estaba en el otro extremo de la ciudad: allí las casas se empobrecían de aspecto y empezaban los ruinosos bastiones de la muralla, roídos de polvo, de sol, de plantas parásitas, nidales de lagartos y de víboras.

Y se estremeció ante la coincidencia. Era la segunda vez que se extraviaba. La primera,

treinta años antes, una mañana pálida de Octubre, cuando nació inesperadamente aquel mismo Fernando Montiel cuya muerte la acongojaba hoy. Salió con el inquieto regocijo de buscar al médico para la señora, sorprendida en su sueño matinal por los dolores de parto. Y cuando volvió, después de hallar el camino cierto y al médico, encontrara ya nacido á Fernando. D. Ramiro, el padre, le agitó entre los brazos.

—¡Ya no se acaba mi raza! ¡Ya no se acaba mi raza!—decía.

Y la madre, convulsa, aún pálida, pálida, de una palidez reluciente de sudor, sonreía, desmayadamente feliz, sobre las almohadas.

¿Encontraría también ahora, al retorno, muerto al que hacía treinta y dos años hallara recién nacido?

Le dolían los pies, le abrasaban los sesos bajo la cabellera blanquirrubia, y el llanto no la podía brotar, hirviéndola como la hervía en el pecho.

Volvió hacia la ciudad, camino de la platería de la calle Real, donde tal vez tuvieran noticias.

Para acortar buscó un pasadizo tibio y medroso, refugio de vagabundos en las noches, de amantes durante los días. Y á unos amantes sorprendió su carrera sin darles tiempo de componer la actitud y hurtar los rostros.

Ella apenas les vió. Les adivinó más bien, y como á un contacto de pecado, se sacudió las faldas negras, se signó en la frente sudorosa. Nunca había conocido el amor y alguna vez la lujuria quiso mancharla. Aquel criado Ramón

que luego mataran en Melilla; el propio D. Ramiro, una noche remota que estuvo borracho y aporreó en su cuarto y la desgarró el corpiño. ¡Oh! ¡Qué desasosiego después de las luchas donde no la pudieron vencer los dos hombres! ¡Cuánta turbación en su alma y cuánto ardor en su carne, que buscaba el frío de las sábanas, como un deleite del que luego hubiera de confesarse!

¿Y por qué pensaba ahora en estas cosas lontanas y bajas? No. Todo su pensamiento debía estar de pleno en la calígine fatal donde certezas y presentimientos zozobraban. Toda su fortaleza le era precisa para recibir la nueva noticia, para preparar el lecho al señorito Fernando; el lecho donde ya no gozaría, ni sufriría, ningún Montiel más.

Otra vez dentro de la ciudad, otra vez la plaza que contenía el caserón de sus amos, frente á los jardinillos resecos.

Y en el zaguán la portera, rodeada de las vecinas, explicaría por Dios sabe qué vez cómo se enteró de la desgracia.

Se acercó.

—¿Qué?

Pero la contestaron lo mismo.

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Nada?

—¿Nada? ¿Nada?

—En el Gobierno civil hay un telegrama—dijo alguien.

Bernarda volvió á correr. Atravesó el paseo de los Alamillos, desoyó—¡ella, la consagrada a temor de Dios!—las voces de unos curas que la

llamaban; entró por el puente, y de pronto, en la margen opuesta, vió el cortejo. Venía un auto lentamente, cercado de chicos, de algunas mujeres que miraban y apartaban en seguida la cabeza para lamentarse en una actitud de plañideras antiguas.

—¡¡El!!

Estaba segura. Allí le traían. Se llevó la mano al corazón. Los pies se le clavaron en el suelo. Y cobardemente, esperó...

El auto seguía avanzando lentamente. Desde el río las lavanderas suspendían su trajín y trepaban por los ribazos herbosos y resbaladizos. Ya se oían las voces de las plañideras, los reniegos de los hombres, el «¡cuidado, cuidado!» del chófer, que temía pasar una rueda sobre algún pie.

Bernarda, inmóvil, desorbitadas casi las pupilas, negra y magra en la lumbrada solar, tendía la cabeza hacia el cortejo pausado. Ya veía, sobre los asientos, un colchón y dos cabezas vendadas y sangrientas.

Y entonces gritó:

—¿Viven?

—Uno sí; el otro no—contestó un chiquillo.

—¿Cuál?

No la contestaron. Unos minutos de angustia más. Y, al fin, pudo correr hacia el coche y, separando la gente, tener entre sus manos la cabeza de Fernando Montiel, la cabeza del hombre que vivía aún. Junto á ella la otra inerte, yerta, de D. Julio Risco, el diputado.

La faltaron definitivamente las fuerzas y cayó hacia atrás.

—¡Cuidado!—repitió el chófer.

Porque las ruedas traseras estuvieron á punto de pasar sobre sus piernas huesudas, cubiertas de unas pobres medias de algodón, muy remendadas.

II

Siguieron unos días de zozobra en que la esperanza y el desaliento sacudían alternos á Bernarda. Ella presenciaba las curas cruentas; ponía las inyecciones que calmaban la agudeza del dolor ó sujetaban y despertaban la vida en aquel cuerpo tan roto y tan débil que se le podía escapar por las heridas ó dormirse para siempre en la muerte.

Olvidaba la sirvienta su propio cuidado. Y, como una pordiosera al borde de los caminos bajo la urente furia del sol, mordía un pedazo de pan, ó la frescura de una fruta, junto al lecho de Fernando Montiel, para no abandonarle un instante, acechándole la obra de los médicos y del tiempo en el rostro vendado, en los ojos abiertos por la angustia ó cerrados en el sopor calenturiento.

Y, mientras, musitaba oraciones. Viejas, ingenuas y eternas preces á los santos preferidos, á la Virgen de la Adoración familiar y ciudadana. Con la misma fe de salvación movía sus labios que consultaba la columnilla del termómetro ó rompía las ampollas y quemaba en alcohol la aguja de las inyecciones.

Pero su pensamiento quedaba libre, con esa

libertad pesada, runruneante de un moscardón encerrado en un mirador de cristales que vuela sobre sus mismos vuelos y tropieza contra el obstáculo transparente que le burla el aire libre y el espacio ilimitado.

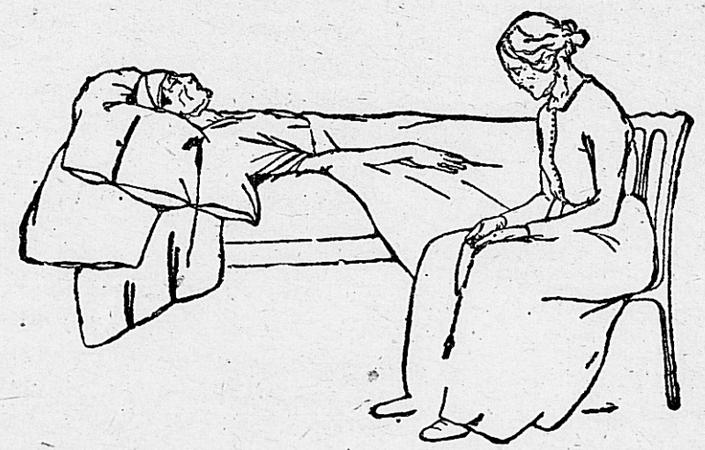
D. Julio, el abuelo, murió en una cacería que terminara en reyerta cuando los hombres tenían las armas en la mano y la atracción de la sangre en los ojos y en el corazón. D. Ramiro se había extinguido en el propio lecho donde ahora yacía su hijo, de un modo piadoso y consciente, y en la mañana de la tarde que dejó el mundo, Bernarda le oyó decir con acento desmayado y voluntad firme:

—Cásate, hijo mío, cásate. Que no acabe en ti nuestra raza.

Fuera aquella la obsesión de los Montiel. El secreto temor que les acuciaba á contraer matrimonio demasiado pronto, y que en un hermano de D. Ramiro le incitara á cometer un crimen, inulto por falta de pruebas, en la esposa estéril. El deseo imperioso, tiránico, egoísta de no desaparecer totalmente, de no ver esparcido y anónimo cuanto las sucesivas generaciones de la familia había ido atesorando y aumentando.

Bernarda se amoldó á la obsesión de perpetuidad que consumía á todos los Montiel. Imaginaba en su sencillez humilde, en su parca visión de los seres y de las cosas, que era precisa á la vida universal la transmisión de los bienes y el apellido en los varones que—al cielo, ella, y de modo más eficaz y gustoso los cónyuges—solicitaban á lo largo de los años. El mismo afán de pureza en la

estirpe, de limpieza en la casta, fué haciéndola menos fuerte y fecunda. Casaban los Montiel con parientes próximas, y ello disminuía el número de los hijos, hasta dar en Fernando, solitario y disipado de costumbres, enfermizo y pronto á coléricos arrebatos.



Bernarda tuvo para él evolutivos cariños siempre apasionados y de extático rendimiento. Le quiso, infantil, como la misma madre; le deseó, sin darse cuenta de su deseo, adolescente, con esa melancolía de las doncelleces irremediables frente á la lozana arrogancia de los mancebos que las genésicas revelaciones hacen turbu-

lentos; le prestó benévola tercería en las escapadas nocturnas, en las confidencias que la ruborizaban y entristecían; le conmiseró, al fin, silenciosa, olvidada, cuando Fernando, ya plenamente hombre, pasaba breves temporadas en el caserón familiar, para reponer el cuerpo ó solventar algún tropiezo de la hacienda.

Y la bastaba una palabra de él, una alusión á los días pretéritos, una simple mirada donde ella reveía la color de miel y de caoba de la madre muerta, para que Bernarda se diera por contenta de los meses de ausencia, de las brusquedades repentinas é injustas, de aquel dolor íntimo y callado viendo pasar los años y que el señorito Fernando permanecía soltero.

Alguna vez, al insinuarle esta pena que le laceraba el alma, el señorito Fernando se echaba á reir.

—¿Y tú? ¿Por qué no te has casado tú?

—¡Oh! ¡No es lo mismo! Yo, ¿para qué?

—Toma, para lo que se casa la gente.

Bernarda se encogió de hombros, se sintió afluir la sangre al rostro pálido y pecoso.

—Bien sabe el señorito que yo no he pensado nunca eso.

Mentía por bondad. Sí pensó. En otro tiempo, como una renunciación amable, como un dulce sacrificio. Temía no encontrar, como su madre, un hombre entregado á la servidumbre de los Montiel con pareja fidelidad. Y ella se comprendía perteneciente á ellos, como un ser inferior de la misma familia, como un ser superior á los animales domésticos. Sólo furtiva, ocasionalmente,

los hombres se fijaron en ella, al principio; después, ni siquiera la miraban al hablarla. Parecía en su madurez que nunca había sido niña, ni moza, ni mujer en la fogosa ansiedad de la primera juventud.

III

Al quinto día el médico llamó á Bernarda fuera de la alcoba. Ella imaginó que sería para una recomendación más sobre las horas de los medicamentos, de la consulta de temperatura en el herido. Precisamente el señorito Fernando mejoraba, á juicio suyo.

Pero el médico, brusco, sin dignarse suponer el dolor que causara en la sirvienta, la dijo la noticia como á una enfermera alquilada, como á una sierva religiosa acostumbrada ya con su experiencia de agonías.

—Bueno. Este hombre no saldrá de esta noche. Todo lo más tirará hasta mañana.

A Bernarda la sorprendió de tal modo la advertencia, que permaneció un instante sin pestañear siquiera, sin sentir emoción alguna. Fué después, cuando el médico siguió hablando, que el pecho se la oprimió y se la enfriaron las manos y los pies de un modo raro y la voz se la enronqueció de súbito.

—Pero... si parecía... que... Entonces, ¿habrá que avisar á D. Ricardo?

El médico se encogió de hombros.

—Allá usted. Montiel no creo que fuera muy amigo de los curas. Prepárele usted. Yo volveré dentro de dos horas.

—¿Y...?
—¿Y qué?
—No... Nada...

Estaba aturdida, le caían las lágrimas sin que se cuidara de secarlas; se alisaba un doblez de la falda negra. A través de la niebla acuosa del llanto veía el suelo de madera y se decía á sí misma, de un modo estúpido:

«Hay que dar un poco de cera en este piso.»

Desde la alcoba la llamó Fernando Montiel:

—Bernarda.

Nunca desde que le trajeron malherido tuvo aquella energía y claridad en la voz. Corrió hacia el lecho.

—Señorito... Hijo mío...

Nunca, desde los remotos años de la infancia de él, le nombrara así y le pusiera con aquella piadosa y amarga ternura la mano en la frente.

El la preguntó:

—¿Por qué lloras?

—¿Llorar?... No sé... Lo creerá el señorito... Es que... No... Pero, diga, ¿cómo se encuentra?

El movió la cabeza.

—Demasiado bien. Una mejoría repentina. La carne ya sabe que va á descansar pronto y suspende su tormento. Digo yo que será eso, Bernarda, ¿no crees?

Ella no pudo contestar. Inclinó la cara sobre el pecho. Tanto, que las lágrimas sueltas, libres, en vez de resbalar por las mejillas y salar húmedamente los labios como las otras, cayeron directas sobre las ropas cameras.

—Cierra ahí, la puerta, Bernarda, y siéntate á mi lado.

Ella obedeció. El hecho de moverse la dió alguna fortaleza.

—¿Quiere que avise á D. Ricardo? Estuvo aquí ayer á verle para decirle no sé qué... Y como hoy... está mejor el señorito... Pues... ¿Eh?

Montiel sonrió.

—¿Ves? Tú misma reconoces que ya... (Suspiró.) ¡En fin! No. Dejemos á D. Ricardo. Es contigo con quien deseo confesarme.

—¿Conmigo? No, señorito Fernando, eso no. Si no es que se vaya á... ¡Qué locura! Es que... siempre...

El la pasó la mano por la cara. Una mano fríamente sudorosa, que olía á fiebre.

—¡Cállate! Mira, Bernarda. Yo hace un año, una vez que me iba á batir en Madrid, hice testamento. Te lo dejo á ti todo, absolutamente todo.

La sirvienta levantó hacia el moribundo su rostro reluciente de lágrimas. Y era de tal modo cómico el asombro de aquel rostro feo y dolorido, que Montiel volvió á sonreir.

—Todo, sí, mujer. Las fincas, el papel, todo. ¿A quién mejor?... Pero, oye: acércate más..., más..., más...

Esta vez el sudor frío que tocó en su cara encendida fué del rostro de él. Las dos facies juntas, tan juntas como en otro tiempo, la noche inolvidable, estuvo la de Bernarda con la del padre de Fernando, en unos minutos de lucha bárbara, de lujuria en él, de asco y de miedo en ella.

—Yo tengo un hijo, Bernarda. ¡Quieta! No te separes. Oyeme. Tengo un hijo mío, mío, ¿sabes? Un hijo de nueve años.

—Pero, ¿cómo puede ser eso? ¿Cuándo se casó el señorito?

—No, Bernarda. Este hijo ha nacido de una mala hembra, de una mujer que me abrasaba la carne, que me envilecía la memoria y la voluntad, ¿Comprendes?

Ella sólo comprendía una cosa. Que existía un hijo de Fernando Montiel; que era posible ya el «continuar la raza», como decía D. Julio, el abuelo; D. Ramiro, el padre; como desearon y lograron los anteriores varones de la familia. Y un gozo íntimo, un gozo que casi la hizo olvidar el momento actual, la caldeó las entrañas.

—Si yo hubiera dejado mi fortuna á ese hijo, la madre habría dispuesto de ella como dispuso de mí mismo... No; era preciso asegurarnos contra ella. ¿Comprendes? ¿Comprendes, Bernarda?

—Sí...

Fué un sí silboso, que apenas oyó Fernando Montiel; que adivinó en el movimiento de la cabeza blanquirrubia.

—De este modo lo mío será respetado por ti; será para él, ¿verdad?

Ella había vuelto á llorar y contestaba con movimientos de cabeza, apretando entre las suyas la mano, cada vez más fría, de él.

—Mira: la madre se llama Trini Reina, Trinidad Reina; vive en Madrid, en la calle de Lista, en el 78... Fíjate: Trinidad Reina, Lista, 78. ¿Lo oyes?

Ella asentía con la cabeza. Repetía mentalmente aquel nombre de mujer, aquellas señas ignoradas hasta entonces y que, sin embargo, habían llenado más de nueve años la vida de su señorito.

Fernando Montiel insistió:

—Mira. Escríbelo ahí, en cualquier papel...

Ella, temblorosa, buscó el cuadernito donde anotaba las diversas temperaturas del enfermo, la hora de darle alimento y medicinas. Mientras escribía, sentía hervirle en la cabeza las nuevas revelaciones: la muerte próxima, irremediable, de quien aún alentaba y le miraba curiosamente; la herencia total, la mujer, «la mala hembra» que le diera el hijo, y el hijo mismo, aquel Montiel que surgía de pronto, cuando más fatalmente parecía condenado á extinguirse el apellido.

—¿Ya está? ¿A ver?

Deletreó Fernando Montiel lo escrito.

—Sí... Eso es... Cuando yo muera... tú la escribes...; pero no, no; mejor es que... Sí, eso: vas á Madrid, se lo dices de palabra...

Ella le interrumpió:

—¿Y el niño?

—Trae mi cartera... Tú sabrás dónde está.

Bernarda fué hasta el armario donde guardara la ropa de aquel día trágico. La americana tenía grandes manchas obscuras de sangre seca, desgarrones, pegotes de barro que empolvaban los dedos. La sirvienta buseó en el bolsillo. La temblaban las manos como á una ladrona.

—Tenga, señorito.

El, ávidamente, cogió la cartera. Sus dedos pálidos investigaron en ella y sacó dos retratos. El uno le contempló con la mirada ya turbia, una mirada que parecía un beso; que era un adiós definitivo. El otro retrato cayó sobre el embozo arrugado, humedecido, de la sábana. Bernarda le miró de reojo. Era el de una mujer sonriente y morena, con el pelo aborrascado, el cuerpo medio desnudo entre gasas de *soirée* ó de tablado escénico. La mirada humilde y llorosa de Bernarda chocó frente á la mirada retadora de la desconocida.

—Ten, mi hijo Fernando, como yo...

Toda trémula cogió Bernarda la cartulina. Era el retrato de un niño vestido con traje de marinero. Tenía un aspecto frágil y enfermizo que se concretaba en la carita de expresión melancólica, de carnación muy blanca y de ojos obscuros.

—Se... pa... pa... parece á mí, ¿verrrdad?

La lengua se le entorpecía á Fernando Montiel.

—¡Oh! ¡Mucho, señorito!

La ahogaban los sollozos por el recuerdo, por la evocación de la infancia de Fernando Montiel, cuando Bernarda le llevaba vestido de igual modo al colegio, asido de la mano, y el niño levantaba hacia ella la mirada melada é inteligente...

—¿Le... querrás..., Ber... Bernarda?

No pudo terminar. La voz se cambió en un ronquido angustioso. Bernarda se abalanzó sobre él.

—¡Señorito!... ¡¡¡Hijo mío!!! ¡Fernando!...

Había visto morir á D. Julio. Había visto morir á D. Ramiro; á D.ª Elena, la madre. A su madre misma. Y comprendió que ya era tarde para todo. Entonces, angustiosamente, con una prisa de salvar su alma, le dijo:

—Hijo mío... ¿Me oyes? Repite conmigo: «Jesús, José y María. Amparadme en mi última agonía.» «Jesús, José y María. Acoged y perdonad el alma mía.»

Fernando Montiel volvía hacia ella sus ojos turbios; se le movían los labios tenuemente, se le agudizaba la nariz. Sobre su pecho, rostro á la sábana, había quedado el retrato del hijo.

Y en el suelo, á los pies de la cama, insolente y procaz, el retrato de Trinidad Reina sonreía...

IV

Bernarda sólo había estado en Madrid una vez, hacía muchos años, formando parte de una peregrinación religiosa organizada por las Congregaciones españolas de la Adoración Nocturna.

Conservó largo tiempo la visión confusa del hospedaje en una calle sombría, en una casa sin pulcritud ni espacio, llena del vocingleo de los congregantes, que dormían enracimados en alcobas exiguas, con el estuco de las paredes amarillento y como varioloso y leproso de Dios sabía qué manchas; del esplendor procesional á través de la Puerta del Sol y de la calle Mayor, cantando el himno sagrado con destempladas voces, bajo el cielo de Mayo que el véspero empalidecía lentamente; de los templos inflamados por luminarias y nauseabundos por el hedor humano; de un paseo por el Retiro, y las horas pasadas en la casa de fieras delante de la jaula de los monos, encantadores como niños y procaces como hombres...

Poco á poco la lueñe impresión se fué borrando, amortiguando, y los grabados de las revistas ilustradas, lo que oía decir á sus convecinos y compañeras de compras ó de rezos, á los amigos del señorito Fernando en los convites que daba durante sus breves estancias en la casa so-

lariega, la fueron creando ideas algo temerosas del Madrid contemporáneo.

Excepto aquel viaje largo y otro á Medina del Campo acompañando á la madre de Fernando Montiel para tomar las aguas del balneario, nunca más abandonara la ciudad donde había nacido.

Y de pronto, sola en el mundo, dueña absoluta de la fortuna de los Montiel y—lo que valía más que la fortuna—del secreto del muerto, Bernarda se veía obligada á volver á Madrid, el Madrid nuevo, peligroso y frívolo donde estaba el hijo de Fernando bajo la sombra maléfica de la «mala hembra».

Unicamente el confesor y el abogado supieron el motivo de su viaje, la razón de aquella impaciencia por arreglar la testamentaría y de aquel mal disimulado contento que la brincaba en los ojos y la hacía fácilmente reprochable en toda la ciudad.

¿Qué la importaba á ella la ciudad? ¿Qué la importaban las reticencias buidas ó las alusiones claras de la gente? ¡El hervor de todas las malas pasiones en torno suyo, viéndola rica, libre y dispuesta á tender el vuelo!

Y una noche, al fin, subió al tren y á un vagón de tercera. Iba con su indumento humilde de criada, con una cesta repleta de los comestibles de la tierra—el queso blando y blanco, de una frescura grata al paladar; las truchas, veteada cual la de una serpiente la carne rosada como la del salmón; las morcillas prietas, con sus granos de arroz y sus rodajas dulces de cebolla; los can-



grejos enormes, bullentes en la arpillera húmeda—, con aquel viejo «saco de noche» que fuera del difunto D. Julio y que le consintió doña Elena llevar á ella en el viaje anterior; con cincuenta mil pesetas cosidas en la camisa de algodón, debajo del corsé y del cubrecorsé, y de la blusa y del abrigo negro y de la mano derecha oprimiendo todo, como si la doliera el corazón que le latía de miedo y de ansiedad.

No durmió. Vigilaba el sueño de los demás, en la penumbra cálida, traqueteada, del coche. Bultos que roncaban y resoplaban caídos unos sobre otros. A través de los vidrios empañados pasaban las luces, el silencio melancólico de las estaciones pequeñas, el estrépito metálico de las estaciones grandes, los silbidos agudos y el tracata-tracataca cóncavo y el áspero olor cuando los túneles...

Al día siguiente de llegar á Madrid, instalada ya en la casa que la recomendó el abogado, en la calle de Hortaleza, Bernarda fué en un coche á ver á Trinidad Reina.

Abrió ella misma la puerta del piso. La reconoció en seguida por el cabello negro y aborrascado, las pupilas obscuras de mirar profundo y aquella boca fresca, donde la sonrisa era un relámpago blanco de los dientes grandes, fuertes, relucientes.

Se envolvía en un kimono de seda violeta con enormes crisantemos amarillos. La mano, menuda, gordezuela y muy blanca, le sujetaba hacia el pecho; pero ello hacía más obscena la do-

ble convexidad del seno amenazando desbordarse.

Las dos mujeres se miraron cara á cara. Trinidad Reina dejó de sonreir. Bernarda, jadeante—porque no la dejaron subir en el ascensor—, insinuó, en cambio, una sonrisa tímida, que se



le cuajó en los labios al oir dentro de la casa una voz hombruna cantando.

—¿Qué quiere usted?

—Verla á usted. Yo soy Bernarda.

Trinidad Reina frunció el ceño. La miró de

arriba abajo, sorprendida del aspecto pueblerino, de la cesta colmada que traía la visitante.

—¿Bernarda? ¿Qué Bernarda?

—La criada del señorito Fernando.

—¡Ah! ¡Pase! ¡Pase!...

Cambió la expresión del rostro; palideció un poco. Aun quiso taparse más los pechos, y parecía como avergonzada del kimono violeta con crisantemos amarillos. La voz hombruna cantaba cada vez más alto.

—Entre aquí un momento. Estoy sola. El niño ha salido con la criada á pasear un poquito. Espere. Vengo en seguida.

La había entrado á un gabinete con muebles claros y frágiles. En las paredes había retratos de mujeres con mantón de manila, con mantilla, con trajes de cupletista. Olía fuertemente á tabaco. Sobre el sofá, una guitarra, y en un rincón se alzaba el rectángulo obscuro de una caja fonográfica.

Apenas se quedó sola Bernarda, cesó de cantar la voz hombruna. Oyó unos cuchicheos y enseguida volvió á entrar en el gabinete Trinidad Reina.

—Pero, siéntese, siéntese. Deje esa cesta, mujer. ¡Oh! ¡Cuánto me habló de usted el pobre Fernando! La quería mucho.

Se esforzaba en modificar la expresión del rostro buscando la tristeza, llamando á las lágrimas. En cambio, Bernarda empezó á llorar.

—Vamos, mujer, no se ponga así. ¿No ve usted cómo estoy de tranquila? Y, sin embargo..., le quería al pobre Fernando con toda mi alma.

Se pasó un pañuelo chiquitín, de encaje, que olía escandalosamente á clavel, sobre los ojos, cuidando no quitarse el carboncillo que ribeteaba sus pestañas.

—Vamos, Bárbara, dígame...

—Bernarda, señorita.

—Ah, sí. Perdone. Estoy de tal modo trastornada. ¿De modo que...? Vamos, mujer, no llore usted más. Cuénteme. Estoy en ascuas...

Miró con disimulo el relojito de pulsera. Bernarda no se dió cuenta y empezó á contar la desgracia, los días que lucharan por salvarle á Fernando Montiel de la muerte, la confesión. Trinidad Reina la interrumpió:

—Bueno. ¿Y qué? ¿Tuvo tiempo de hacer testamento?

Lo dijo con una voz opaca, resecos los labios, inclinándose hacia Bernarda, sin cuidarse de que los pechos se desbordaran.

—Lo había hecho antes.

—¿Cuándo?

—Hace un año.

—¿Sí? No lo sabía... Y..., claro..., ¿á favor de su hijo?

—No. A favor mío.

—¿¿De usted!!

Se levantó furiosa. Bernarda había inclinado la cabeza sobre el pecho. Sus manos nudosas, donde las venas eran como cuerdas, daban vuelta á uno de los botones del abrigo negro.

—¿¿Pero todo??

—¡Todo!

—¡Qué tío cochino!

BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

—¡Señorita Trinidad!

—¡Qué señorita Trinidad, ni qué moler! ¡Siempre fué lo mismo! ¡Cuidado que se lo decía! ¡Y el muy marrano! Vamos, hombre, si es que... ¡Ay que ver! Aguantar las porquerías de un tío para que luego...

Se movía en medio de la habitación, agitando los brazos, dándose palmadas en los muslos, mordiéndose los puños. Con los movimientos descompuestos se le abrió el kimono. Bernarda apartó la vista del cuerpo que sólo cubría una camisa pantalón de seda cruda muy corta, dejando parte de los muslos al descubierto. El aire se llenó de una emanación carnal, poderosa y excitante.

—¡Si siempre fué un canalla! Si...

Bernarda se irguió.

—¡Oiga usted! ¡Déjeme hablar primero!

—¡No me da la gana! ¡Pues, hija! Encima de que le ha robado usted...

Bernarda, muy pálida, venciendo su repugnancia, la fué á poner la mano en la boca.

—¡Calle usted!

Ella creyó en una violencia por parte de la criada.

—¡Eh! Cuidado con las manos...

A los gritos acudió el hombre que cantaba. Era un mocetón alto y moreno. Venía en camiseta, con una navaja de afeitar en la mano y la cara medio cubierta de jabón.

—¿Me llamabas?—preguntó.

Trinidad Reina se volvió, bruscamente.

—¡Largo de aquí! ¿A ti qué te importa esto?



A empujones le echó fuera y cerró la puerta. Quedó resollando, mordiéndose los labios hasta hacerse sangre; limpiándose el sudor de la frente, de los brazos, del pecho. Bernarda, ingenua, preguntó:

—¿Su hermano?

—¿Mi hermano? ¡El Nuncio! Otro charrán como Fernando. ¡Si la debían quemar á una por golfa!

Había caído en un silloncito que crujió bajo el peso de su cuerpo de buena moza. Y ahora sí lloraba, con hondos suspiros, con estremecimientos convulsivos, desgreñada la cabeza, palpitante la carne blanquísima de los brazos y de uno de los muslos.

Bernarda la miraba asqueada y confusa. ¡Oh! ¡Si no fuera por el niño, por el hijo del muerto, con cuánta alegría dejara aquella mujer en su ignominia perfumada, en la doble desnudez cínica de sus carnes y de sus pensamientos!

—Es usted injusta con el señorito Fernando...

Trinidad levantó hacia la sirviente el rostro encendido, mojado por el llanto. Una gran amargura la desconsoló la respuesta.

—¿Injusta?... Ya ve: ni siquiera le reconoció, ni siquiera le dió su nombre.

Bernarda, por primera vez desde que conocía el secreto de su amo, sintió flaquear el respeto acia Fernando Montiel.

—No es posible. El señorito...

—El señorito, Bárbara...

—Bernarda, señorita...

—El señorito, Bernarda, no me quiso nunca.

Le gustaba yo, le hacía gozar yo, le divertía que le vieran por la calle con una buena moza, quería un poco á su hijo; pero nada más... Yo le decía alguna vez: «¡Hombre, Fernando! ¿Qué trabajo te cuesta? Reconoce al chico.» Y él se reía. «Espera. Hay tiempo. Cuando menos te lo pienses.» Y yo: «Anda, vida, sé bueno.» Y él se me ponía muy tierno y se le encendían los ojos... y, bueno, á qué le voy á contar... ¡Usted no sabe lo que son estas cosas!

—No. Ciertamente que no—respondió, cándida, Bernarda—. Entonces, el niño se llama...

—Fernando Reina, como yo. Nada más.

Se secaba las lágrimas. La voz se le aclaraba. Correjía un poco el desorden de sus vestidos.

Bernarda suspiró.

—En fin. Lo principal es que luego no le olvidó al niño.

—¿Qué? ¿Una manda, una limosna de varios cientos de pesetas?

—No. Todo.

—¿Todo? ¿Pero no dice usted que...?

—Sí. Yo soy la heredera universal; pero el dinero será todo para Fernandito.

Trinidad Reina se pasó la mano por la frente. Volvía á sonreir.

—A ver... A ver... Déjeme un poco de sitio á su lado.

Se sentó en el sofá, junto á Bernarda. Asía entre sus manos regordetas, blancas y suaves, de una tibia fragancia, las huesudas y ásperas de la sirvienta.

Bernarda quiso retirarlas y no pudo. Hablaba

desviando un poco la cabeza, levemente mareada por aquel perfume penetrante, donde se envolviera su señorito, donde vivía el hijo, donde ella misma había de pasar muchas horas futuras...

—Sí. Yo soy la heredera legal; pero en realidad, no seré más que la depositaria de toda la fortuna para que á Fernandito no le falte nada, y pueda seguir una carrera, y hacerse hombre y...

Tornaban los sollozos, el enternecimiento de su misión, tan grata y tan difícil.

—Bueno. Pero yo, naturalmente, que soy la madre...

—Usted tampoco carecerá de nada. Para eso estoy yo aquí... Pero..., la verdad..., señorita Trini... El caso es...

Trinidad Reina se levantó. Dió unos pasos hacia la consola, se miró en el espejo.

—El caso es... que todo esto me humilla un poco. Aun después de muerto aquel hombre quiere tenerme sacrificada. ¿Usted sabe, Barba...

—¡y dale!—Bernarda, cuánto me entregaba al mes, á mí, á una mujer como yo, que tiene los hombres á puñados, los hombres que quiera, para tomar y dejar? ¡Dos mil pesetas! ¡Vamos! ¡Ni para zapatos siquiera!

Bernarda quedó aterrada. ¡Y ella que pensaba ofrecerla trescientas pesetas mensuales!

—¿Y..., y...—balbuceó—era poco, verdad?

Trinidad Reina soltó una carcajada.

—¿No le digo? ¡Ni para zapatos! Usted, pobre Bernarda, no sabe de esto.

—No, señorita, ciertamente que no

Y escondió bajo la falda negra sus pies, calzados con unas hórridas botas de paño y puntera de piel, adquiridas siete años antes.

—Los hombres, Bernarda, tienen la absurda pretensión de que se les quiera por ellos mismos; por su cara bonita, que casi siempre es fea; por sus hechuras graciosas, que maldita la gracia que la hacen á una... Y Fernando era..., ¡vamos!, ¿para qué la voy á contar á usted?

Hubo un silencio largo entre las dos mujeres. Bernarda había vuelto á inclinar la cabeza sobre el pecho. Sentía latir su corazón contra los billetes, descosidos ya de la camisa, pero guardados entre ella y el cubrecorsé de punto.

Trinidad la miraba mordiscándose el labio superior, que una leve sombra de vello obscurecía ligeramente.

—De modo, señorita...

—Llámeme usted Trini—sonrió, hábil, la querida de Montiel.

—No me atrevería nunca. Es mejor así: yo seré siempre la criada...

La otra quiso prolongar más aún la confianza:

—La administradora, mejor. Una administradora muy simpática.

Fué á besarla, pródiga é indiferente de sus besos, que estaba acostumbrada á vender. Bernarda, suavemente, lo impidió.

—La criada, señorita. La criada del niño, como lo fuí de su abuelo y de su padre. Bueno. ¡Vamos á ver! ¿Usted dice que no puede vivir con dos mil pesetas al mes? A mí me parece una enormidad.

—A usted, sí. Pero míreme y comprenderá que no es lo mismo.

Bernarda suspiró.

—Bien. Pongamos dos mil quinientas, incluído el colegio del niño...

—Eso del colegio, ya hablaremos. Yo soy muy madraza. Sin Fernandito al lado no puedo vivir. Pero ya digo: eso se tratará después. Vamos á lo mío...

Y empezaron á discutir cantidades, á defender la sirvienta el dinero, á utilizar las ventajas de su maternidad la querida de Montiel.

Al fin acordaron tres mil pesetas mensuales el primer año, para que Trinidad Reina pudiera pagar las deudas que tenía y comprarse ropa.

—Estoy en cueros vivos, Bernarda... Lo que se dice en pelota, mujer. Ya ve: todavía no he podido hacerme un traje negro por el pobre Fernando... He mandado á teñir uno del año pasado.

Bernarda se levantó para volverse de espaldas y abrir la blusa. Trinidad se echó á reir.

—Vamos, mujer. ¿La da vergüenza de mí? ¿No ve cómo yo la he recibido?

—No es lo mismo. Déjeme, señorita.

Forcejearon. Trinidad Reina, entre risas y tirones del brazo, quería ver los billetes.

—Ea. Tenga usted... Mil..., mil quinientas, mil setecientas...

—¡Camará! Lo menos lleva usted ahí doce mil duros.

Sonreía con los ojos brillantes, la boca seca, temblorosas las manos. Sonreía también al re-

cuerdo de una escena parecida, cuando en aquel mismo gabinete una mujer de apariencia humilde vino á entregarle unos billetes ganados ignominiosamente á espaldas de Fernando Montiel.

Era una curiosa coincidencia. Una promesa de libertamiento para lo porvenir, también.

—Bueno. Y usted se volverá á su tierra, ¿verdad?

Bernarda movió negativamente la cabeza.

—No. Yo me quedaré en Madrid. Quiero estar al lado de Fernandito.

—¡Ah!... Muy bien... ¡Claro...!

Hubo una nueva pausa. Y en el silencio súbito se oyeron dos golpecitos en la puerta.

—Trini...—llamó desde fuera la voz hombruna.

La querida de Montiel se levantó con un gesto de disgusto. Bernarda suspiró. Ambas se habían olvidado de aquel hombre.

—Voy.

Salió cerrando tras de sí. Cuchicheos. Unas risas contenidas difícilmente. Luego un portazo. Trinidad volvió á entrar sofocada y alegre. Bajo la mirada inquisitiva de Bernarda, palideció.

—Es un primo mío que ha venido á pasar unos días. Se marchará el domingo; me parece...

«¡Es el Nuncio!», estuvo á punto de contestar Bernarda, si su dolor y su acendrado catolicismo se lo hubieran consentido. Pero sin dejar de mirar fijamente á Trinidad, repuso:

—Me permito advertirla á usted que desde ahora se acabaron los hombres en esta casa. Las

dos hemos de vivir para el hijo del señorito Fernando. A usted no le faltará nada: ya lo sabe.

—Pero si es un primo que...

Bernarda se encogió de hombros.

—No sea usted niña, señorita Trinidad. El señorito Fernando ha dejado una fortuna enorme; más enorme de lo que usted se imagina; y si usted quiere que su hijo sea un hombre feliz, bien puede sacrificarse un poquito por él. Al señorito Fernando se le podía engañar; á mí, no...

V

Bernarda sonreía dichosamente á la luz, á los seres, á las cosas; al tiempo, que se iba sin dolor y sin prisa en aquella ciudad del sur oreada de mar y palpitante de palmeras. Encontraba de nuevo, en su dilatada convalecencia, el dulce aquietamiento de su años de infancia, cuando en la casa de Montiel no era todavía la sirviente, sino la hija rubia, balbuceante y cariñosa, de los sirvientes, á quien los amos utilizaban como un juguete vivo.

Sonreía, más que á todo, al niño que, sentado no lejos de ella, iluminaba álbumes con sus pastillas de acuarela, con sus quebradizas barras de pastel que dejaban polvillo polícromo en los dedos, en la cara, en el delantal de hilo crudo.

Bernarda convalecía de una larga enfermedad, de una *grippe* que estuvo á punto de agostar su cuerpo gastado por cincuenta años de trabajo y que los primeros días la encontró indefensa en su hostal humilde.

Porque ella no se atrevía á convivir con Trinidad Reina, ni con el hijo de Montiel. La avergonzaba la idea del lujo con que ella misma se complacía en rodearles. La parecía que disfrutándole, en un cambio brusco de existencias, dejaba ya de ser la sirvienta abnegada, la fide-

lidad subalterna que siempre había sido. Puntualmente iba todos los días á pasar unas horas junto al niño. Era como la asistenta por horas, como el aya á salario. Muchas veces la obligaba Trinidad Reina para que se quedara á comer, y obedecía temblorosa y feliz, avergonzándose de sus manos de obrera sobre la misma mesa donde se movían las regordetas y ensortijadas de Trinidad, las menudas y blancas del *señorito*.

Durante un año nada pudo recriminar Bernarda á la cortesana, si no fueran los trajes demasiado llamativos, los peinados y las alhajas ostentosas, los perfumes que impregnaban cuanto ella tocaba y los lugares por donde iba. Pero Trinidad Reina había prescindido de los hombres. De cuando en cuando recibía visitas de amigas suyas. Las unas la envidiaban su situación actual independiente y tranquila; otras despertaban por unos instantes la nostalgia de las aventuras fáciles, y los holgorios nocturnos, y las excursiones en auto, revueltos hombres y mujeres con una pesada y acre voluptuosidad.

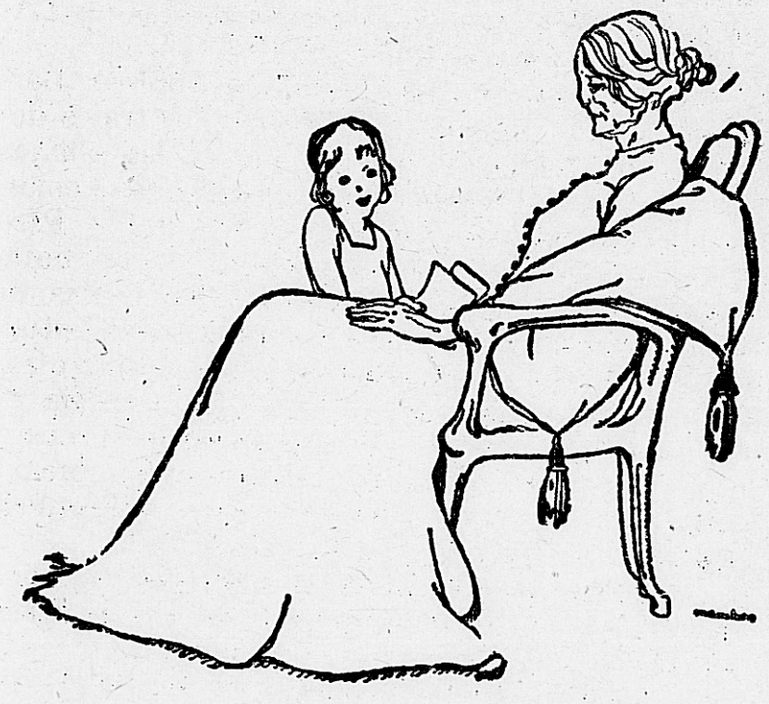
Trinidad terminaba por encogerse de hombros. Había encontrado una frase que la divertía decir:

—Me ha retirado una mujer, chicas. ¡Y qué mujer!

Entre cuchicheos y alusiones plebeyas, desvergonzadas, describía á sus amigas el tipo de «beata de plueblo» de Bernarda, sus escrúpulos para el vestir, para el hablar, para el comer, para el «apoquinar».

Y hacía con los dedos de la mano derecha el ademán de dar dinero.

—A Nandito me lo va á educar para fraile. Le lleva á misa, le compra libros religiosos, le cuenta milagros del año de la Nana.



—No la dejes, mujer...

—¡Bah! Tiempo habrá de impedirlo. Luego, yo le digo que todo eso son chaladuras de la vieja... Pero no creas: Nandito la ha tomado cariño. No quiere estar más que con ella.

Bostezaba, levantando los brazos blancos, gordezuelos, con gran ruido de ajorcas, mostrando en la penumbra de los encajes y sedas de las mangas amplias de su bata el plumón obscuro, sudoroso, de las axilas.

—¿Y no te gustaría irte un día con alguien? Con Manolo, ó con el duquesito, ¿te acuerdas? —preguntaba la amiga.

Volvía Trini á bostezar.

—No. Te lo confieso. Estoy encantada así. Me parece que vivo de mis rentas. Además, que la vieja es muy lista. Una noche falté de casa porque se empeñó Luis, y al día siguiente me lo notó. Parece que tiene un olfato de perra. No, no quiero aventuras. Me encuentro muy bien... Hasta voy á sacar el mejor día una cartilla en el Monte ó en la Caja de Ahorros, como Nandito, á quien le ha abierto una Bernarda.

Viajaron unos meses por España, evitando la ciudad donde aguardaba la casa de Montiel la mayoría del bastardo. En el tren, en los hoteles, Bernarda era esa antigua criada encanecida en la servidumbre que conserva su puesto secundario, saliendo á veces de él para los consejos oportunos, las tiranías disimuladas y sonrientes.

Trinidad Reina inventaba historias que la divertían á ella y enfurruñaban á Bernarda. En unos sitios era la viuda de un general; en otros, una gran actriz á quien su arte hizo millonaria; en otros, la divorciada de un banquero argentino, y hasta ceceaba y le daba inflexiones lánguidas á su voz, gachona por costumbre de tusonería.

Apenas volvieron á Madrid, Bernarda recobró su derecho á la humildad. Trinidad y Fernandito vivían en una casa nueva de la calle de Velázquez. Bernarda, en su primitivo hospedaje de la calle de Hortaleza.

Y allí cayó enferma. Trinidad se alarmó. Pensaba en una posible muerte, en la desaparición por segunda vez de aquella fortuna de los Montiel, que ya disfrutaba no sin débiles protestas de Bernarda.

Siempre á mediados de mes la faltaba dinero. La sirvienta refunfuñaba, se debatía contra los besuqueos y zalemas de Trini; pero concluía por dar unos centenares de pesetas más. Nunca la madre de Fernandito había vestido con tal lujo de ropas que entonces, cuando ninguna mano trémula de hombre, ninguna pupila hombruna, chispeante por el deseo, habría de posarse sobre ella. Satisfacía, además, su gula con unas comidas interminables, con las meriendas copiosas y en todo momento paladeaba bombones y confituras. Convenció, además, á Bernarda de lo beneficioso que sería para la salud y el desarrollo de Fernandito la vida al aire libre, lejos de la atmósfera de la ciudad, y se abonaron á un servicio alterno de automóvil que las llevaba al Pardo y á los pueblos próximos á la Sierra, después de un encuentro desagradable en la Cuesta de las Perdices con unas antiguas compañeras y amigos suyos que estuvieron á punto de arrastrarla á una juerga, delante de su propio hijo y de Bernarda.

Con todo ello, Trinidad Reina engordaba. Sus

carnes ya adquirían esa obesidad fofa que encalentura á los españoles y les hace rugir chicoleos obscenos. Junto á ella, Bernarda parecía más vieja y más insignificante, con su aire de parienta pobre tolerada por lástima. Y el niño Nandito se empequeñecía, se amedrentaba como un gozquecillo negro al pie de un enorme Budha de mármol blanco.

Las lágrimas del niño tuvieron más fuerza que el egoísmo solícito de la madre para convencer á Bernarda de que debía trasladarse á la calle de Velázquez. El traslado agravó su enfermedad: la hizo retroceder con peligro de su vida. Y durante los largos días angustiosos y las lentas vigilias, Bernarda vió junto al lecho á Trinidad. Una Trinidad nueva, inquieta, descuidada en el vestir, conmovida su animalidad bella, arrogante y pomposa, por las zozobras de la dolencia y sus alternativas. No quiso confiar á nadie la asistencia de la sirvienta. Quería seguir por sí misma en aquel rostro flaco, cubierto de pecas, el curso de la enfermedad. Vagamente, temerosamente, acechaba el momento difícil de hablarla cuando fuera preciso defender el porvenir de su hijo, el porvenir de ella, que sería luego más difícil al marchitarse su cuerpo...

Sin embargo, Bernarda se salvó. Vinieron los días tranquilos de la convalecencia, que Trinidad Reina quiso pasar en un clima más benigno. Cuidaba á la sirvienta como una hija, y Bernarda la sonreía agradecida, arrepentida en el fondo de su alma de haber dudado alguna vez, de imaginar que Trinidad no fuese una infeliz mujer aco-

sada por la vida, irresponsable de sus actos, capaz de redimirse en los brazos de un hombre digno de comprenderla, ó bajo la voluntad de una mujer como Bernarda, capaz de dominarla.

En la ciudad del sur, en la calma cálida y luminosa de la villa levantada frente al mar, las dos mujeres parecieron identificarse mejor, aliarse de más prieta manera en la aspiración común de modelar recia, serena y noble la vida infantil de Nandito.

—Cuando volvamos á Madrid, usted vivirá con nosotros; ya no nos separaremos nunca—le decía Trinidad á Bernarda, acercándose á ella para acariciarle con su mano lechosa y fulgurante la cabellera blanquirrubia, de «cola de yegua pía».

Bernarda se apartaba un poco. ¡Estaba tan débil y era de tal modo mareador aquel perfume, á clavel, de Trinidad!

Nandito vino hasta el sillón de Bernarda con el álbum húmedo, inflado de las aguadas recientes y multicolores.

—Mira, mira, Bernarda. ¿Te gusta?

Ella sonreía admirativa y ponderativa.

—¡Oh! ¡Qué bonito! ¡Qué bien! Eres un gran pintor.

—¿Verdad que sí, Bernarda? Yo quisiera ser pintor.

La sirvienta sintió un súbito malestar, una punzada en el corazón. En la casa de los Montiel, en las amistades de clerecía, burocracia y milicia que la frecuentaban, siempre oyó desde-

ñar como una ruín ocupación ó atacar como un vicio nefasto aquellas profesiones locas y vagabundas de los poetas, de los escritores, de los artistas. En la ciudad provinciana los que tal modo de vivir eligieron eran perdularios y holgazanes sin otro oficio, gentecilla que escandalizaba en las calles y escribía en los periódicos contra la religión y las buenas costumbres.

—¿Por qué pintor, Nandito? Eso está bien ahora, que eres un niño; pero luego, hijo mío, hay que hacer cosas más serias...

—Pues yo quiero ser pintor, Bernarda, y hacerte un retrato y otro retrato á mamá y copiar las nubes y los barcos...

Bernarda suspiró.

—No, Nandito. Eso lo hacen las gentes que no sirven para otra cosa. Tú puedes ser un ingeniero, ó un general, ó un...

Se contuvo. Iba á decir un obispo, en cuya figura resumía Bernarda la suprema grandeza humana, el hombre que representaba á Dios y ante el cual los reyes mismos se inclinaban; pero entonces no podría cumplirse en Nandito aquel afán de perpetuidad, de prolongación racial que consumiera á los Montiel durante varias generaciones.

El niño movía la cabeza. En sus ojos, donde Bernarda evocaba los ojos de miel y de caoba del padre, había una vaguedad melancólica.

—... y pintar los árboles cuando parecen de oro, y los caballos que corren y las casitas en medio del campo... ¿No te gusta á ti todo eso, Bernarda?

—Me gusta lo que á ti te gusta, cielo. Pero tú debes pensar de otro modo, nene mío. Yo no quisiera morirme sin verte hecho una persona formal, ganando mucho dinero.

—¿Quién habla de morirse?—le interrumpió la voz de Trinidad apareciendo de pronto en la terraza.

Movía, perezosa y feliz, su cuerpo de odalisca entre la bata de encaje. El aire dormido de la tarde se impregnó de su perfume.

Bernarda sonrió.

—Yo, señorita Trini.

Trinidad la miró fijamente. Luego, no sin cierta brusquedad, separó de ella al niño.

—Quítate. Vas á mancharnos con tus pinturas. Anda, vete, sigue pintando...

Nandito se alejó de nuevo, cerca de la balaustrada, con sus pinceles y sus barritas de pastel. Pero permaneció sin pintar, con la mirada errabunda y melancólica frente á las nubes, frente al mar y las palmeras, quemadas en sus bordes por el sol de Levante.

Trinidad, sentada junto á Bernarda, la golpeó con la suya la mano sarmentosa, flaca, que tenía sobre el brazo del sillón.

—¿Qué es eso de mentar á la muerte? Está usted ya buena.

—No. Si no era por ahora. Era pensando en el día de mañana. Me gustaría no morir hasta que Nandito fuese un hombre; pero tal vez sea ofender á Dios pedirle tanta felicidad.

Los ojos se la llenaban de lágrimas. Siempre tuvo el llanto fácil y propicio; pero sobre todo

en los días enternecedores de sus convalecencia. Trinidad la miró de reojo.

—¡Bah! No pensemos en cosas tristes. Y eso que á veces... Yo también pienso que... Cuando menos lo espera uno, ¿verdad?

—Claro.

Callaron ambas. Bernarda, á pesar del peligro reciente, de su debilidad actual, que la retenía largas horas inmóvil en un sillón, sentía el optimismo, la alegría de vivir. Aspiraba la pureza del aire que una sutil brisa empezaba á refrescar, con la alegría física, puramente animal, del cuerpo renaciente.

—Y tiene usted razón, Bernarda. Sería horrible que faltásemos usted ó yo antes de que Nandito pudiera valerse por sí mismo y se encontrara pobre...

Calló, temiendo haber descubierto demasiado su idea. Bernarda tuvo como un presentimiento.

—¿Pobre? ¿Y la fortuna de su padre?

Trinidad Reina, inclinada la cabeza sobre el pecho, no constestaba. Entonces Bernarda comprendió, al fin.

—Pues es verdad que... ¡Hubiera sido horrible!

—¿El qué?—preguntó Trinidad, levantando la cabeza y mirando á la convaleciente con la mayor ingenuidad posible.

—Eso. Que yo me hubiera muerto sin hacer testamento, y ¡claro! ¡Ah! No, no. En cuanto volvamos á Madrid.

—¡Bah! No corre prisa, mujer... Pero mire,

Bernarda. Ahora me hace usted pensar que tal vez tenga razón. Esas cosas deben hacerse con tiempo. A mí no se me había ocurrido nunca; pero usted, ¡tan buena!

La abrazó, la besó ruidosamente. Luego corrió hacia el hijo para estrecharle también entre sus brazos. Se acodaron los dos en la balaustrada, de espaldas á Bernarda. El sol poniente siluetaba de luz sus dos figuras, monstruosa la de la madre, frágil y menuda la del niño.

Bernarda, lejos de ellos, un poco olvidada, sintió que el corazón se le henchía de ternura amarga, pronta á desbordarse en llanto.

En el silencio solemne del crepúsculo arrullado por la canturia plácida del mar, la voz de Nandito sonó, clara y alegre:

—Mira, mira, mamá. Aquella nube parece un dragón, y la otra un enano que le va á tirar una flecha... Y parece que los dos son de esmeraldas y de rubíes... Yo quisiera pintarles. ¿Tú quieres que yo sea pintor, mamita?

—Sí, mi alma. Lo que tú quieras. Pintor. Un pintor que me haga un retrato muy bonito, cuando yo sea vieja y tenga el pelo blanco...

Al mes siguiente, apenas regresaron á Madrid, Bernarda hizo testamento á favor de Fernando Reina.

VI

Como ya vivían juntas, la sirvienta se dió cuenta en seguida del cansancio de Trinidad. Ya no la bastaba vestir lujosamente, las excursiones en automóvil, las comidas copiosas y aquel paladear incesante de bombones y golosinas.

Empezó á inventar pretextos para quedarse en casa y dejar que Bernarda y el niño salieran solos á paseo. Otras veces era ella quien salía y llegaba con retraso á las horas de comer y de cenar, y permanecía absorta, sonriente á su propio pensamiento. Durante el día, y á veces alguna noche, recibía cartas y ramos de flores que ella decía haber encargado expresamente.

Bernarda olfateaba el hombre en todo aquello, y un día afrontó claramente la situación. Trinidad empezó negando, se enfureció, lloró, y por último confesó:

«Sí; era verdad. Había encontrado á un antiguo amigo suyo, al único que quiso realmente y que había sido bueno para ella, tan bueno como Fernando Montiel.»

—Déjeme usted quererle, Bernarda... Lo necesito para vivir. Véame: dentro de poco seré una vieja. Los hombres me volverán la espalda, incluso este mismo á quien ahora todavía le gusto. Yo tengo derecho á ser dichosa...

Bernarda volvía á sentir aquel asco pretérito, aquella incomprensiva repugnancia que siempre inspiraron á su temperamento de mujer casta y fuerte las cochinerías de bestias y de personas.

—Pero, ¿qué falta le hace á usted eso?

—No me lo pregunte, Bernarda. Es algo más fuerte que yo... Déjeme. Yo la prometo que nadie sabrá nada; que yo no alteraré en nada mi vida habitual. ¡Si usted le conociera!

La suplicaba llorosa, trémula, haciendo la apología de aquel desconocido que había vuelto á encalenturar las carnes donde Fernando Montiel sembró la vida de Nandito. Bernarda acabó por ceder.

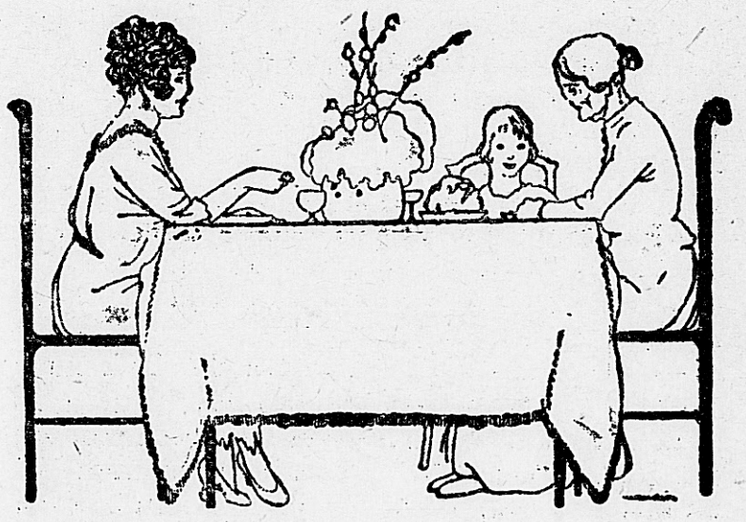
—Bueno. Pero nada de escándalos. Nada de traer ese hombre á la casa. Nada de faltar por las noches.

Trinidad se levantó batiendo palmas como una chiquilla. Un poco grotesco semejante júbilo en la mujerona de carnes fofas, de la cara maquillada. Con el movimiento sudaba y el aire capitoso de su cuerpo desplazaba en torno suyo aquel aroma de pecado que Bernarda notara la primera vez que la vió.

Durante algunas semanas Trinidad Reina se limitó á faltar de casa por las mañanas y por las tardes. Incluso algún día avisó por continental que no la esperasen á comer. Luego se disculpaba ante Bernarda y quería hacerla confidente de sus amores renacidos; pero la sirvienta se negaba á escucharla.

En el fondo sentía por la cortesana—á quien

el retorno carnal parecía rejuvenecer y ampliar el encanto lujurioso de su belleza—un desprecio creciente, y además notaba satisfecha que era más dueña de Nandito, como si al fin hubiera de conquistarle para ella sola. Incluso pensaba en la posibilidad de una separación que la consin-



tiera llevarle á la ciudad de los suyos, á la casa solariega que aguardaba silenciosa y vacía.

Trinidad Reina faltó una noche á dormir. Bernarda, que acostaba temprano al niño, aguardó en vela hasta bien entrada la mañana. Entre las dos mujeres hubo una escena violenta que ter-

minó prometiendo Trinidad enmendarse para lo futuro.

Y, sin embargo, la influencia oculta y pasional del hombre la rendía, la dejaba inerme y sumisa á lo largo de la pendiente. Solicitaba más dinero, y como Bernarda se lo negara, empezó á empeñar las alhajas. La sirvienta huía de la casa con Nandito durante días enteros, en el automóvil, dejando en libertad á la madre. Por la noche sentía cuchicheos en la alcoba de Trinidad y la voz de un hombre, una voz ruda, seca, autoritaria. Y en las madrugadas sentía pasos furtivos en el pasillo y abrir la puerta de la calle, con inútiles precauciones...

Una tarde, después de comer, Trinidad, que llevaba dos días sin salir de casa, alegando que estaba enferma, le dijo á Bernarda que quería hablar con ella á solas.

—¿De qué?—inquirió, altiva, la sirvienta.

—De lo que sea—respondió Trinidad.

Estaban aún sentadas á la mesa. En medio de ellas, el niño, pálido, melancólico, las miraba alternativamente, como si pretendiera adivinar en los rostros tan queridos la razón de aquellas expresiones igualmente retadoras y hostiles.

—¿Es absolutamente preciso?

—Absolutamente.

—Bien.

Se resignó Bernarda. En silencio arregló al niño y le entregó á la doncella, después de darle un beso y llevarle á su madre para que se despidiera con otro beso.

—Anda. Que te lleve á dar una vuelta Carlota.

Ya solas las dos mujeres, Bernarda, de pie ante Trinidad, la dijo secamente:

—Usted dirá.

La otra quiso enternecerla. Tendió hacia ella las dos manos, la mirada húmeda y suplicante.

—Bernarda...: no me hable usted así... ¡Soy muy desgraciada!

Estaban en la alcoba de ella. La alcoba que, después de año y medio, volvía á oler á tabaco.

—Si es para hablarme de ese tío, pierde usted el tiempo. Si es para pedirme dinero, también.

Con voz desmayada, con una infinita desolación, con una humildad vergonzante, respondió Trinidad:

—Para las dos cosas, Bernarda...

—Pierde usted el tiempo. Ya se lo he dicho.

Y fué á salir de la alcoba; pero la otra la retuvo.

—¡Por mi hijo, Bernarda! ¡Por él siquiera!

—¿Y qué tiene que ver él con esto? ¿A què mezclarle á él? ¿No le basta á usted que?... ¡Ah! ¡Eso, no, señorita Trini! ¡Eso no! ¡Ya lo sabe!

—Bien. No se exalte, Bernarda. Oigame, se lo suplico... Ese... Ya sabe usted, ese hombre..., yo...

Levantó los ojos hacia Bernarda solicitando una palabra de aliento. Bernarda no la pronunció. La miraba despreciativa, pálidos los labios de tan apretados, más pronunciadas las pecas en la lividez del rostro.

—Bernarda, yo voy á terminar con ese hombre... Quiero terminar con él, acabar con él, por-

que si no..., no sé... Me mataría, le mataría yo á él... Es un canalla...

—Bueno. Pues termine usted.

—No puedo, así como así, Bernarda... El quiere marcharse á América; yo también quiero que se vaya... Pero para eso hace falta dinero...

Bernarda se echó á reir.

—¡Ah! Vamos... Lo siento mucho. No hay dinero. Ya hemos empezado á empeñar el capital, ¿sabe usted?

—¡Oh, Bernarda, no sea usted así! Piense que con unas pesetas, con muy pocas... con cinco mil, con cuatro mil, me salva y salva á nuestro Nandito.

—Le salvamos mejor de otro modo. Yo le doy á usted, no cinco mil pesetas: diez mil, quince mil; pero usted me le deja á mí sola y usted se marcha con ese hombre á América, al infierno. ¡A donde sea!

Trinidad se irguió:

—¡Eso no! ¡Mi hijo vivirá siempre conmigo!

—¿Y el canalla ese también?

—¡Cuidado, Bernarda! A Manolo no tiene usted por qué faltarle.

—No he sido yo. Ha sido usted quien le ha llamado canalla antes...

—Yo puedo decirle lo que quiera.

—¿Pero no me aseguraba usted que quería terminar con él?

—¿Y si fuese mentira? ¿Qué pasa?

Bernarda se sintió flaquear las piernas. Aquel tono de voz imperativo, aquel cinismo agresivo de «mala hembra», no le había oído más que en

una ocasión, hacía mucho tiempo, la tarde en que se conocieron.

—No pasa nada... No debe pasar nada, señorita Trini... Usted reflexionará.

—¡No quiero reflexionar! ¡Necesito dinero!

—¿Para él?

—¡Para lo que me dé la gana! Yo no tengo por qué darle á usted explicaciones.

Se levantó violentamente. Fué hasta el balcón y empezó á tamborilear en los cristales. Bernarda permanecía inmóvil, cruzados los brazos sobre el vientre, en una actitud monjil. En lo profundo de su alma temblaba una plegaria á Dios solicitando fortaleza para resistir.

Trinidad volvió la cabeza. Quería dulcificar su voz ronca, sujetar sus nervios tremantes.

—Bernarda... Tenga lástima de mí... Yo no puedo prescindir de Manolo... Manolo es todo para mí en el mundo, después de mi hijo... Usted no sabe cómo estoy de ligada á él; con qué vergüenza de mi carne y de mi alma le quiero, le deseo y le temo... y hasta le odio...

Se acercaba á ella, enardecida y vencida, sintiendo la necesidad de confesarla todo, de verter ante ella la inmundicia de aquel amor que la envilecía.

Bernarda se tapaba la cara, se tapaba los oídos.

—¡Calle! ¡Calle, señorita Trini, por piedad!...

Pero ella, implacable consigo misma, implacable con Bernarda, seguía amontonando el cieno, recurría á términos de lupanar y de vértigo sexual, se arrastraba á los pies de la sirvienta. Y al fin, ronca, desmelenada, imploró:

—¿Y ahora?... ¿Me dará usted ese dinero, Bernarda?

—No. ¡Menos que nunca!

Se levantó en un salto de fiera.

—¿Y tú quién eres para negármelo? Tú, ¡ladrona!, ¡vieja beata! ¡Tú, que no has tenido nadi que te quiera!...

—Insúlteme, pégueme; pero no tendrá un céntimo. Ese dinero no es de usted, ni mío. Es de Nandito, del hijo de mi señorito Fernando.

Trinidad se echó á reir.

—¡Del señorito Fernando! ¡Imbéciles! ¡Imbécil el señorito Fernando! ¡Imbécil tú que os lo habéis creído!

—¡¿Cómo??

—Nandito es hijo mío nada más. ¡Hijo de Manolo también! ¡Ea! ¡Ya lo sabes!

Bernarda tuvo que apoyarse en la cama.

—¡¡Jesús!!

—Míralo. ¡Fíjate bien!

Blandía dos retratos. Uno de Montiel. Otro del niño. Bernarda, á través de la niebla rojiza que nublaba su vista, miró las dos fotografías encerradas en un marco de plata. Y le pareció Nandito un niño distinto.

—¿Lo ves, estúpida? Nandito es mío, mío, y de mi Manolo. ¡Nada más! ¿Lo oyes?

Bernarda sentía un dolor espantoso en el cráneo, como si fuera á resquebrajársele; el corazón la saltaba en el pecho. Ya no oía, ya no veía nada. Sólo en su alma una frase: «¡No era su hijo! ¡No era su hijo!»

¿Qué la importaba ya aquella furia de la ra-


BIBLIOTECA NACIONAL MADRID

mera enloquecida por el libertamiento de su secreto? ¿Qué se importaba ella misma, fracasada é inútil en la misión que creyera colmar su vida?

Trinidad seguía gritando la infamante mentira, seguía profanando la memoria del muerto con palabras, con detalles que le escarnecían y le dejarían para siempre como un recuerdo sucio y grotesco en la memoria de Bernarda. Se embriagaba con su cólera, que empezaba á comprender le había sido fatal é irremediable para siempre...

Y Bernarda, sin oirla, sin verla, pensaba: «¡No era su hijo! ¡No era su hijo!» Y á un grito más desgarrado de la «mala hembra», huyó.

Salió de la casa como en el día remoto saliera del caserón solariego y provinciano, para buscar al Fernando Montiel moribundo.

No sabía dónde iba. No sabía lo que quería. En su memoria martillaba la idea fija: «¡No era su hijo! ¡No era su hijo!»

Y aquella mujer empavorecida corrió por las calles hasta llegar á las del centro, turbulentas y peligrosas de vehículos, que no supo sortear...

PUBLICACIONES
DE
Prensa Gráfica

